

Boecio

# La consolación de la Filosofía

Introducción, traducción y notas  
de Pedro Rodríguez Santidrián



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1999  
Segunda edición: 2015  
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Herederos de Pedro Rodríguez Santidrián  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1999, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-9104-187-0  
Depósito legal: M-28.690-2015  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción, por Pedro Rodríguez Santidrián
- 31 Bibliografía
- 35 Cronología

## La consolación de la Filosofía

- 39 Libro I
- 63 Libro II
- 93 Libro III
- 137 Libro IV
- 173 Libro V



# Introducción

En esta breve introducción queremos acercar al lector un autor que legó a la humanidad una lección y un mensaje importante y necesario en todo momento: su enfrentamiento a la desgracia, a la ruina total en la vida y en la muerte. Hablaremos en primer lugar del autor y de la época que le tocó vivir: momento de la descomposición del Imperio Romano e invasión de los nuevos pueblos bárbaros, como godos, ostrogodos, etc. (siglos V-VI de nuestra era). A continuación nos detendremos en su obra, por la que el humanista Lorenzo Valla (siglo XV) le calificó como «el último de los romanos y el primero de los escolásticos»<sup>1</sup>. De manera particular nos detendremos en su obra más conocida: *La consolación de la Filosofía*, «libro de oro no indigno de figurar al lado de Platón y de Cicerón»<sup>2</sup>. Terminaremos esta excursión a lo largo del tiempo haciendo una breve historia de esta obra en el mundo del pensamiento de Occidente.

De esta manera creemos contribuir al rescate y recuperación para el gran público de un texto fundamental. Sin duda el lector encontrará en esta Filosofía «razones para vivir», cualesquiera que sean sus problemas: la alegría, el consuelo, el sosiego y la paz que tantos hombres han encontrado en él.

## Boecio: su vida y su tiempo

¿Y quién fue Boecio? El más sucinto retrato de nuestro autor nos lo dejó su contemporáneo y senador Casiodoro. Lo describe como un orador brillante, que pronunció la hermosa *laudatio* del rey Teodorico. Un teólogo y poeta y el más famoso traductor de las obras de la lógica griega y matemáticas.

Otras fuentes antiguas aportan nuevos detalles sobre nuestro autor. Anicius Manlius Severinus Boethius nació en Roma entre 470-475 de nuestra era. Pertenecía a la antigua familia romana de los Anicii, convertida al cristianismo hacía ya un siglo y que había dado al Imperio miembros ilustres, entre ellos un emperador y un papa. Su padre había sido cónsul en 487. Muerto éste, entró a formar parte de otra familia patricia romana, que le adoptó como hijo, la del famoso Quinto Aurelio Memio Símaco, también cónsul en 485, y más tarde prefecto de Roma y jefe del Senado. Esta familia –de la que Boecio se muestra orgulloso en la *Consolación*– introdujo al joven en el mundo social y político de Roma y sobre todo en el mundo de la literatura y de la filosofía.

Todo comenzó con una perfecta educación en Roma y en Atenas. Aunque son pocos los detalles de estos primeros años, todos han apreciado su latín, su estilo conciso, fruto de lecturas variadas y de su personal expresión. Las traducciones que hace de los originales griegos y las citas en griego que encontramos en sus obras muestran el conocimiento de ambas lenguas. En ellas hablan Homero, Hesiodo, los presocráticos, Sócrates, Platón, Aristóteles, Eurípides, Sófocles, Séneca, Cicerón, Virgilio, Ovidio, Ptolomeo, Zenón de Citio, los neoplatónicos, Codro, Porfirio, etc. Lo mismo podemos decir del mundo cultural grecorromano, costumbres, mitología, religión. La impresión que deja su obra es la de un conocedor perfecto del mundo y de los hombres<sup>3</sup>.

La adopción de Boecio por la familia de Símaco le llevó a ser miembro de la misma, pues casó con Rusticiana, hija del cónsul, una mujer elegante y culta. Cuando cambie su suerte y se vea solo y abandonado en el destierro, la Filosofía le consolará con estas palabras:

Y deja de pensar que eres un desgraciado. ¿Te has olvidado, acaso, de los muchos y variados momentos de tu felicidad? Pasaré por alto que, al quedarte huérfano de padre, estuviste al cuidado de hombres de la más alta alcurnia. Luego tuviste el privilegio de entrar a formar parte de las familias más distinguidas de la ciudad. Y el don máspreciado del parentesco: conquistaste su afecto antes de ser miembro de su familia. ¿Quién no te consideraba el hombre más feliz de la tierra al ver el esplendor de tus suegros, el recato de tu bella esposa y la bendición de abrazar a tus dos hijos varones? No quiero detenerme en otras cosas menores, por eso paso de

largo las diversas dignidades y cargos que recibiste de joven y que fueron negadas a personas mayores que tú<sup>4</sup>.

Este y otros detalles autobiográficos nos permiten adivinar lo que fue la infancia y juventud de Boecio. Y nos ayudan a comprender su ingreso en la vida política de Roma y su vocación después de escritor y de maestro. Comenzó su vida política como cuestor y después cónsul a los treinta años (510). Hacia 520 fue nombrado por Teodorico *magister officiorum*, jefe de todo el gobierno y de los servicios de la corte. Dos años después vio sentados a sus dos hijos en la silla curul, como cónsules. Según él mismo confiesa por boca de la Filosofía, su vida en estos momentos fue feliz:

Con gusto volveré a lo que es la culminación de tu gloria. Si el disfrute de los bienes terrenos lleva consigo una sensación de felicidad, ¿podría su memoria quedar destruida por grande que sea el mal que nos oprime? ¿No fue día memorable aquel en que viste a tus dos hijos salir de tu casa entre el cortejo de los senadores y las aclamaciones de la muchedumbre? ¿No fue en verdad fecha memorable aquella en que ocuparon sus sillas curules en la curia y en que tú pronunciaste la *laudatio regia*, mereciendo la gloria de tu ingenio y elocuencia, mientras en el circo, rodeado de los cónsules tus hijos, arrebatabas al pueblo expectante que te devolvía los honores del triunfo?<sup>5</sup>.

Apreciado y amado por los hombres más ilustres de la época, entre los cuales figuraban Casiodoro y Emodio, poseedor de una familia ideal y envidiado por su cultura



y su poder, parecía ver colmados todos sus deseos. No obstante, en breve espacio de tiempo su fortuna cambió por completo y llevole a conocer una caída más rápida aún que el ascenso. Perdió el favor de Teodorico, que hizo suyo el proverbio *indignatio regis mors est*. La *Consolación* es resultado y testigo de esta caída, pero no nos describe la causa de su desgracia. En 520, Boecio y otros senadores fueron enviados a Constantinopla para hallar una vía de entendimiento entre el emperador Justino I, que era cristiano ortodoxo, y Teodorico, con sede en Ravena, que era arriano. Fueron sospechosos de haber favorecido al emperador y declarados traidores. Un dato parece confirmar esta opinión. Sabemos que Boecio defendió en Verona abiertamente y delante del rey al senador Albino, acusado de traición por haber escrito a Justino I contra el gobierno de Teodorico. ¿No se le acusaría a él de lo mismo? Otros, al cargo de traidor, añaden el de mago y sacrílego<sup>6</sup>.

La verdad sobre todo este proceso quizá no la sepamos nunca. Las relaciones entre el emperador de Constantinopla, el rey Teodorico y el papa de Roma eran muy tensas y delicadas. Mediaban implicaciones no sólo políticas sino teológicas. Una muestra más de las difíciles relaciones entre Oriente y Occidente, entre Constantinopla y Roma. ¿No fue Boecio víctima propiciatoria? Él no era político, pues llevaba una vida de estudio entre sus libros. Su decisión de entrar en la política estuvo motivada por un sentido del deber más que por un deseo de fama<sup>7</sup>. Él mismo nos dice que el ideal platónico de un estado gobernado por filósofos fue su inspiración, y las lecciones de la filosofía, su guía en el ejercicio de su mandato.

El resultado fue que en poco tiempo quedó arrestado, condenado y enviado al exilio en espera de la ejecución. La situación anímica que le produce el exilio conforma las páginas magistrales de los libros I y II de la *Consolación*. El desenlace final es que el Senado, coaccionado por Teodorico, confirmó la sentencia de muerte. Murió apaleado en la cárcel de Pavía el año 524 o 525. Mientras esperaba la ejecución escribió *La consolación de la Filosofía*.

La muerte no acabó con Boecio ni con su obra. Su final violento fue considerado con toda seguridad como resultado de un proceso político. Muy pronto, sin embargo, se le dio un carácter religioso que procuró al reo el nombre, la fama y los honores del martirio y la santidad. Así lo demuestra la traslación de sus restos a la iglesia de San Pedro in Ciel d'Oro en Pavía, donde, posiblemente, por una confusión con su tocayo, san Severino de Norico, recibieron la veneración debida a un mártir, justamente con la posterior salutación de Dante. En 1883 la Congregación de Ritos de Roma, a solicitud del obispo de Pavía, aprobó el culto local de Severino Boecio. Un culto que data del siglo IX y que llegó a ser popular en el XIII. Boecio fue considerado, junto con Símaco y el papa Juan, como mártir de su fe cristiana ortodoxa. Así lo vieron Pedro Abelardo y la Edad Media, algo que históricamente no resulta tan claro.

## La obra

La vida política de Boecio quedó truncada violentamente. Su ideal de establecer el acuerdo y la unidad entre romanos y godos desapareció por la barbarie de un rey que

cortó bruscamente sus generosos planes. Lo que no pudo destruir el poder civil fue la gloria y el lugar de Boecio en la historia de la cultura y de la civilización europeas. Hizo asequibles al mundo occidental las fuentes griegas del saber mediante las traducciones de algunos de los principales tratados filosóficos. Fiel a su ideal del *otium studiosum*, entregose en un primer período al estudio y concibió el vasto proyecto de traducir al latín y comentar todas las obras de Platón y Aristóteles<sup>8</sup>.

El sueño de Boecio fue llevar a Roma el saber y la cultura griegas, sueño que trató de realizar. Al acercarse a los platónicos, y especialmente a Porfirio, pretende armonizar, tras haberlos traducido al latín, a Platón y a Aristóteles, mostrando el acuerdo sustancial entre ellos. Casiodoro lo alaba por haber convertido en doctrina romana los *Graecorum dogmata*. Y aunque no consiguió realizar todo su programa, sí logró marcar los comienzos de la cultura latina medieval. No sin razón fue considerado el primero de los escolásticos y su *Consolación* como una animada anticipación de las *summas*, los manuales de transmisión de la enseñanza en las escuelas. El ideal enciclopédico, el propósito sistematizador y compendiador de todo el saber, son en Boecio, además de un producto del tiempo y de las corrientes culturales coetáneas, un indicio más de la pujanza con que se presenta en él la tradición latina que, desde Varrón a Marciano Capella, sintió siempre en forma apremiante esta necesidad.

Las primeras obras de juventud giran en torno a las materias que posteriormente integraron el *trivium* y el *quadrivium*. Su primera obra es *De institutione arithmetica*, traducción y adaptación de la *Isagoge arithmetica* de

Nicómaco de Gerasa. La sigue *De Institutione musicae*, también inspirada en textos griegos. Los libros de geometría y astronomía se han perdido. Los libros II, III y IV de *Ars geometricae et Arithmeticae* traducen los *Elementos* de Euclides, los otros no parecen obra de Boecio. En 510, a los treinta años, tradujo y comentó en cuatro libros las *Categorías* de Aristóteles, haciendo una exégesis de las mismas. Sigue la traducción de *Primeros Analíticos* y *Analíticos posteriores* de Aristóteles. Comenta después la *Isagoge* de Porfirio y los *Tópicos* de Cicerón.

Escribió también obras originales, pero siempre referidas de alguna manera a obras precedentes y con un claro interés lógico, por lo que propiamente su verdadero aporte consistió en la transmisión de la lógica a Occidente, constituyéndose en el verdadero padre del «método escolástico». En esta serie entran *De categoricis syllogismis*, que tienen como base a Aristóteles, Teofrasto y Porfirio. Le sigue *De hypotheticis syllogismis*, cuya fuente principal es Porfirio. El último de sus libros es *De differentiis topicis*, en el que explica los tópicos dialécticos y retóricos, tomando como fuentes a Temistio y Cicerón.

Las obras teológicas han sido las más discutidas. Con el título genérico de *Opuscula sacra* aparecen una serie de tratados sobre la Trinidad, sobre Cristo, la fe católica, etc. Se discute la fecha y las circunstancias en que Boecio escribió estos tratados. En los escritos teológicos su cristianismo se muestra fría y rígidamente dialéctico, con influencias agustinianas. Dominan la lógica y la filosofía. Los *Opuscula* fueron comentados por los teólogos medievales, especialmente por santo Tomás. Juntamente con la *Consolación*, proporcionaron axiomas, definiciones (so-

bre la persona, la naturaleza, eternidad, bienaventuranza, destino, providencia) que quedaron como clásicos para la escolástica. También los *Opuscula*, lo mismo que la *Consolación*, plantean el problema del cristianismo de Boecio, sobre el que hablaremos en el apartado siguiente<sup>9</sup>.

## La consolación de la Filosofía

Aunque no conocemos exactamente las condiciones de su prisión, sí podemos suponer que tuvo la suficiente libertad para meditar y escribir. En efecto, la *Consolación* parece que fue escrita en el período que medió entre su condenación y su ejecución en Pavía en el año 524. Es, por tanto, su última obra. Una dificultad para creer que la escribió en la cárcel puede ser el número de citas de autores clásicos que aparecen en sus páginas, no sólo de los filósofos que ya recordamos, sino de literatos como Cátulo, Claudiano, Juvenal, Lucano, Menandro y otros. Es lógico pensar que debió usar su gran biblioteca. Pero es explicable también que un hombre tan entregado a la lectura y en una época en que la memoria era el principal archivo escribiera de memoria. Entre otros muchos, podríamos citar el ejemplo de Tomás Moro, que escribió sus últimas obras en la Torre de Londres, habiéndosele prohibido los libros. Sin argumentos, pues, en contra, debemos creer que Boecio escribió la *Consolación* en la cárcel, con la ayuda de su memoria y de su genio, y bajo la amenaza constante de la ejecución.

La obra está dividida en cinco libros y compuesta en verso y prosa. El libro I es una especie de introducción

en la que la Filosofía se presenta a Boecio en forma de augusta matrona que viene a traerle el consuelo en la triste condición en que se encuentra, desterrado y en la cárcel, no por culpa suya, sino por haber querido seguir la verdad y la justicia. Este carácter biográfico y personal da al libro una viveza y sensación de verdad que el lector hace de alguna manera suyo.

En el libro II la Filosofía hace ver a Boecio que la felicidad no consiste en los bienes de fortuna, que son mudables y caducos, y en cuanto tales corren el peligro de perderse. La felicidad debe consistir en una condición que excluya cualquier temor de esta clase y comprenda en sí todos los bienes que hacen al hombre suficiente por sí mismo.

El libro III contiene precisamente la teoría de la felicidad así entendida. Ésta no puede consistir en la riqueza ni en el deber, ni en los honores, ni en la gloria ni en los placeres. Ninguno de éstos es el sumo bien, el bien mejor de todos y que hace al hombre bastarse a sí mismo, ser autosuficiente. Sólo resta que la felicidad consista en Dios mismo, bien supremo y ser perfectísimo. Dios es, por tanto, el origen de todos los seres y el fundamento de la verdadera felicidad humana.

El libro IV examina de qué modo Dios, Supremo Bien, rige el mundo, y expone su enseñanza sobre la Providencia y el Destino. La Providencia es el plan de la inteligencia divina en el orden del mundo. El Destino es el orden mismo determinado por este plan en el mundo. Todo depende del plan único y simple de la Providencia divina.

El libro V trata de resolver los problemas que nacen de este concepto de Providencia y del destino. La Providencia y el destino parecen excluir a primera vista la libertad.

La respuesta de la Filosofía al problema de la libertad es que, si Dios lo prevé todo, no prevé que todo suceda necesariamente. En él no existe ni el pasado ni el futuro y su ciencia es el conocimiento total y simultáneo de todos los sucesos que se verifican sucesivamente en el tiempo.

La *Consolación* es la síntesis más plena de la vida y pensamiento de Boecio. Queda como su testamento político, moral y espiritual. Reafirma, frente a la barbarie y a la injusticia, la fe en la libertad y en lo justo. Armoniza en su pensamiento a Platón, Aristóteles, los neoplatónicos y la tradición latina. Funde filosofía y literatura. Aplaca la tierra y la eleva hasta el cielo. En esta obra asistimos al drama personal de Boecio. Se lamenta en la cárcel de los bienes perdidos y de repente se le aparece la Filosofía para demostrarle que aquellos bienes terrenos no son auténticos bienes, sino falsos, o imágenes falsificadas del verdadero bien, que es Dios. Llegados a esto, se debate el gran problema de la libertad humana, de la presciencia divina y de su conciliación.

Al final de la obra llegamos al convencimiento de que asistimos por medio del diálogo a la conversión y redención de Boecio. Se trata de una historia íntima, el «gran retorno cristiano» plenamente desarrollado. A este proceso de conversión contribuyen Cicerón y Séneca con su pensamiento, y sobre todo Aristóteles, los estoicos y los neoplatónicos. Pero el gran movimiento y fuerza interiores, que lo mueven todo, son la dialéctica de Platón y san Agustín. Agustiniiana es sobre todo el ansia de resolver el gran problema de la libertad y la fe en la oración y el total abandono en Dios. Así es como termina su libro:

Un Dios provisor contempla desde arriba todas las cosas. Y la siempre presente eternidad de su mirada coincide con la futura calidad de nuestros actos, premiando a los buenos y castigando a los malos.

No es vana, entonces, nuestra esperanza en Dios, ni nuestras oraciones inútiles, pues, si son rectas, no pueden ser ineficaces. Dejad, pues, los vicios; practicad las virtudes. Levantad vuestros corazones a la más alta esperanza y dirigid al cielo vuestras humildes oraciones. Tenéis sobre vosotros una gran necesidad, si no queréis engañaros a vosotros mismos: la necesidad de ser buenos, pues vivís bajo la mirada del juez que todo lo ve<sup>10</sup>.

Nos quedan todavía unas anotaciones que pueden facilitar la lectura y la comprensión del libro. La primera se refiere al género literario empleado para escribir *La consolación de la Filosofía*. La forma externa pertenece al antiguo género literario de la *consolatio*, una rama de la diatriba, que Grecia y Roma cultivaron sobre todo en la filosofía. Todas las escuelas se sirvieron de ella y en tiempos de Séneca la *consolatio* se había convertido en una especie de medicación moral. De ahí que abunde tanto en ella la metáfora médica usada por la filosofía que busca y se extiende en los diagnósticos propios para la enfermedad. Por lo mismo, acude a ejemplos históricos y a una filosofía popular que propone como remedios.

Pero la *Consolación* mezcla en una hábil fusión más de un género. Los textos en prosa en que se expresan la Filosofía y el propio Boecio se alternan según la forma *menipea*, con diversos poemas de metros diferentes en los que se desarrollan líricamente los conceptos esenciales



de los respectivos textos, logrando con frecuencia fragmentos poéticos muy acertados. La corriente literaria de las llamadas «sátiras menipeas», introducida en Roma por Varrón, fue seguida por otros muchos, especialmente por Petronio en su *Satiricón*<sup>11</sup>. Este género permite hablar de todo y servirse de todas las formas: en prosa y en verso, en serio y en broma, yuxtaponiendo toda serie de lenguajes y de discursos. La *Consolación*, pues, es una hábil combinación de diferentes formas literarias. Las que predominan son el diálogo al estilo platónico y la poesía. Esta última, muy alabada y apreciada en sus treinta y cinco poemas de principio a fin en épocas pasadas, por su inspiración y por la diversidad de metros, apenas si se reconoce hoy como la de un prosista que se sirve del verso para aliviar y entretener la atención en su meditación, sobre algo tan serio como el discurso filosófico. En nuestra traducción hemos hecho ver esta diferencia entre prosa y verso sirviéndonos de una prosa no rimada en forma de verso sin medida alguna. Espero se nos perdone esta licencia que, por otra parte, tan frecuente es hoy en la obra literaria.

Otra anotación. Quizá más de uno se pregunte, a medida que va leyendo el libro, dónde está el Boecio cristiano. En ninguna página se hace mención o alusión a autores cristianos, ni siquiera a la Biblia. Para nada aparecen el nombre y el ejemplo de Jesús. Sí, en cambio, abundan los textos y las referencias a filósofos y autores latinos y griegos que ya hemos citado. Son también frecuentes las alusiones a la mitología y a los dioses y divinidades grecolatinas. ¿Qué hemos de decir, entonces, de su cristianismo?

A estas preguntas y otras se han dado respuestas diversas. La primera, sacada del mismo título del libro, que es una consolación de la filosofía, de la que por tanto hay que, con toda lógica, excluir conscientemente lo sobrenatural. Se trata, pues, de una disposición, de una prope-  
déutica a la fe por medio del sufrimiento y la razón. A ésta se añade la observación tantas veces repetida de que, aunque no se mencione el Evangelio, sin embargo no hay ninguna afirmación que sea contraria al mismo y, aún más, ninguna que no esté plenamente de acuerdo con él. No es difícil demostrar que, a pesar de su dependencia de enseñanzas tomadas del estoicismo, de Platón, de Aristóteles y del platonismo, no hay nada fundamental en la *Consolación* que se oponga a los principios cristianos. Si acaso, la teoría platónica de la *anamnesis*, que presupone la anterior existencia del alma antes del nacimiento, o la doctrina de la perpetuidad del mundo o incluso la implícita creación del mundo *ex nihilo*. Pero estas verdades no son las fundamentales enseñanzas de la obra.

Otra razón que demuestra la ortodoxia cristiana de Boecio es su concepto de Dios. Hay enormes diferencias entre su concepción de Dios y la de Plotino y los neoplatónicos en general. El Dios de Boecio es un Dios personal, un Dios a quien podemos dirigirnos con la oración y en quien podemos esperar. Dios es el problema central en la *Consolación*: Él es la perfección y la felicidad, es la Unidad. Él tiene las ideas en su mente, y es personalidad activa. Da las pruebas de su existencia, y es de especial interés aquella según la cual se llega a Dios, Sumo Bien, mediante los diversos grados de bien que se encuentran en las cosas. Dios es también Motor Inmóvil, Ser como

acto puro. La eternidad es su presente. Ha creado el mundo por bondad, y con bondad lo gobierna. El mal es una privación y no puede ser causado por Dios. Y en la difícil cuestión entre presciencia divina y libertad humana, hemos de tener la certeza de que nuestra voluntad es respetada.

No obstante, la prueba que más duda ha suscitado es la actitud de Boecio ante la muerte: sólo invoca la razón. No aparece la presencia consoladora de Cristo y de su gracia. Después de quince siglos de cristianismo es difícil evitar una conclusión: Boecio profesaba una especie de *cristianismo neutralizado* por la circunstancia de su época. En su última confesión no habla de Cristo, porque pertenecía a una edad en que la antigua cultura clásica había sido asimilada al cristianismo, pero no absorbida por él. Las escuelas eran todavía paganas. Mantenían la antigua enseñanza como algo sin igual. Ya algunos autores medievales, como Juan de Salisbury, se habían dado cuenta de la ausencia de Cristo y de su doctrina en la *Consolación*<sup>12</sup>. Otros prefieren atribuir este cambio a la actitud hacia la filosofía desde la alta Edad Media. En los primeros siglos se creía que por la simple razón, rectamente dirigida, el individuo podía encontrar en el reducto invisible del alma el amor personal y la gracia de Cristo.

## Un lugar en la historia de la cultura

Como complemento a cuanto hemos dicho de Boecio, permítasenos un breve recorrido por la historia del pensamiento para encontrar sus huellas y su lugar en la cul-

tura de Occidente. El conjunto de su obra, y particularmente la *Consolación*, están presentes como libros de consulta, de texto obligado y de lectura y meditación espiritual. Es así como emerge su figura de filósofo, de maestro orientador de la mente y la conciencia.

Empecemos en primer lugar por su obra de filósofo traductor al latín de la filosofía griega. Desde mediados del siglo VI, en que Casiodoro introdujo la obra de Boecio en el monasterio de Vivarium (Campania), ésta se hizo presente en todas las abadías y monasterios, en las escuelas palatinas y universidades medievales. Boecio se convierte así en el gran transmisor al mundo occidental del legado de la cultura antigua, precisamente en los momentos de su descomposición por la invasión de los bárbaros. Junto a san Isidoro, san Beda el Venerable, el mismo Casiodoro y otros, Boecio se levanta como defensor y maestro del saber grecorromano.

La obra boetiana inspiró el *trivium* y el *quadrivium*, base de la educación de las escuelas monacales y palatinas, surgidas a lo largo de la alta Edad Media. La autoridad de Boecio en las universidades pontificias surgidas a partir del siglo XI quedó consolidada con el estudio y reconocimiento de los grandes maestros escolásticos, como santo Tomás. Sus obras de lógica sirvieron de base en la enseñanza y en la filosofía escolásticas. Sus opúsculos teológicos suministraron a la teología medieval conceptos, terminología y método. Todos estos hechos hacen de Boecio un cruce de caminos entre la cultura clásica y la nuestra. Téngase en cuenta además que, aunque no escribió una enciclopedia, como hicieron san Isidoro de Sevilla y Beda el Venerable, nos ha dejado en los

*Elementos* de música, de aritmética y de geometría unos «manuales escolares que representarán durante mucho tiempo la casi totalidad de lo que la Edad Media sabrá acerca de dichos temas»<sup>13</sup>. Étienne Gilson resume perfectamente la función de Boecio en este campo con estas palabras: «Traducir, comentar, conciliar y transmitir, tal era en primera intención la obra de Boecio. Dicha obra se hallaba en armonía con los deseos de este siglo VI, que se siente como en gestación de un mundo nuevo». Y añade: «El éxito de Boecio no es producto del azar. Él mismo se había asignado este papel de intermediario entre la filosofía griega y el mundo latino. [...] Mucho le faltó para llevar a cabo tan inmenso proyecto; pero le debemos un conjunto de ideas bastante coherente y lo suficientemente rico para que haya llegado a su destino lo esencial del mensaje que se propuso transmitir»<sup>14</sup>.

La pervivencia hasta nuestros días de la figura de Boecio se debe principalmente a *La consolación de la Filosofía*. La dama Filosofía fue el consuelo en su prisión y sus preceptos se convirtieron en libro de cabecera no sólo de escolásticos y de monjes, sino de príncipes, de poetas y literatos. Fue un libro de meditación e inspiración al lado de la Biblia, de Séneca, Marco Aurelio y de otros pocos más.

De esta presencia de la *Consolación* en la vida y en la obra de poetas y escritores podríamos citar innumerables ejemplos tomados de la Edad Media y el Renacimiento. La filosofía de Boecio estuvo muy presente en Pedro Abelardo, Petrarca y Jorge Manrique. Chaucer (siglo XIV), que fue su traductor, se sirve de las reflexiones filosóficas de Boecio para moralizar sus cuentos.